

CAPILLA ALFONSO

EL CANTO DE LA TRILLA

Amodorrado, baldado de quietud, medio muerto, aplastado de silencio, un día le pregunté al Beco:

—Dígame usted, Beco, ¿cómo es que nadie canta nunca en este pueblo?

—Ahora viene el tiempo de cantar los hombres.

—¿Es que están de muda?

—Viene el tiempo de la trilla.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que cuando están trillando tienen que cantar por fuerza todo el día, porque, los animales que trillan, si no oyen cantar, se entristecen y no trabajan.

—Me gustará oirlo.

—Pues no tardará usted mucho. El trigo ya va estando maduro y pronto vendrá la siega.

—Y mientras siegan, ¿no cantan?

—No cantan en todo el año. ¡Harto tienen que hacer con guardar la voz para la trilla!

—¿Y si no tienen ganas de cantar?

—No las tienen nunca. ¡Buenos son ellos para tenerlas! Pero han probado de todo para hacer andar las mulas ligeras. Han intentado ponerles esquilas, cascabeles, hacer chasquear la tralla, gritar, y nada les alegra como una buena cantata. Con ganas ó sin ganas, si quieren aplastar bien la espiga, tienen que cantar mientras dura la trilla.

—Pues esperemos la trilla.

Realmente los campos ya comenzaban á estar rubios, y la espiga del trigo á hincharse y á inclinarse á lo ancho de la llanura, y hasta donde llegaba la vista no se veía más que una manta amarillenta, abrigando de punta á punta los terrones de la tierra.

La llanura aquella era hartó bien la llanura del pueblo: una llanura productiva, una llanura de cosecha, una llanura de hormiga pobre, una llanura cansada de dar, vieja, con cabellos rubios, pero viejos, con un aire de reproducir siempre lo mismo, como si fuese la llanura de la rutina. Parecía que si un año no hubiesen sembrado trigo, también habrían salido espigas: tan avezada estaba á criarlas. Parecía que no tenía estremecimientos aquel trigo; que el viento no le movía ni le mecía; parecía que había de dar fruto sin dolor, y medio caído de pereza esperaba que le segasen para tornar á yacer en las hacinas.

Ni una amapola, ni una flor azul, ni un poco de color se atrevía á nacer en aquellos campos. Ya

debían saber las flores que allí estorbaban, y la vida era demasiado dura y el terreno demasiado flaco en aquel pueblo para que allí pudiesen surgir florecimientos. Ya sospechaban ellas que no hay lugar para ilusiones ni fantasías allí donde la realidad es tan áspera; ya se hacían cargo, y se iban á nacer más lejos, á las montañas, á las ruinas, al cementerio, allí donde el hombre no sembrase fruto para el año y se pudiese vivir para vivir.

Todos los días iba el hombre á vigilar que no saliese alguna flor, y á arrancarla si había habido alguna inocente que no sabía adonde nacía; iba á ver si habían crecido las espigas, y á darles prisa de granar; todas las tardes se despedía de ellas y les pasaba la mano por encima, como si acariciase aquella cabellera rubia, tan amplia y tan llena de promesas; vigilaban aquel trigo, le escuchaban, le daban ánimo con la vista; pero todo callando, guardando la voz para cuando viniese la trilla, como había dicho el Beco; con un silencio solemne, como si temiesen estorbarle el crecimiento.

Y segaban á ras de los terrones, sin dejar ni una espiga venturera para los pájaros; y le ataban para que no pudiese huir; y le llevaban á la era, barrida y limpia, para recibir con solemnidad aquel pan de cada día; y, ya bien tendido en tierra, lanzaban sobre él los caballos, y comenzaba el gran cantar, el canto de la trilla, el canto del año, el gran cantar de la recolección.

¡Y qué canto! ¡Y qué voces! ¡Y qué modorra daba aquel cantar! Podían los animales alegrarse, no lo niego, podían sentirse animados (es difícil saber lo que anima á las bestias, por poco bestias que sean); pero al hombre por poco bestia que no fuese, le inspiraba más tristeza que el mismo silencio. Era más que un canto; era un clamor de pena, el gemido que deben lanzar las almas en la llanura del limbo; un ¡ay! de sol y de purgatorio, una queja de árabe triste, de arriero de camellos, de *campanero* de mezquita ó de santón de desierto, era el plañido largo que deben llorar al atardecer los desterrados á Siberia, si cantan de añoranza; el canto virgen del hombre que no ha cantado nunca; el canto viejo del que ya no puede cantar; todo eso era y aun más: era el canto de arado, de esclavo de la tierra, de enamorado desvalido, de avaro, de pobre miseroso, y de pájaro pobre, que canta por tradición, y canta, sin saberlo, para no morir de hombre.

Todo eso, es claro que los animales no lo sabían (saben tan pocas cosas misteriosas los animales de toda clase); no lo sabían, ni tenían ganas de aprenderlo; pero ¡oh, poder divino del arte!, apenas oían aquel grito de águila humana, que era diferente de otros ¡qué correr por encima de las espigas, qué dar vueltas, qué rebrillar los granos por la luz, qué chisporroteo de cosecha, qué vibración de vida! Aquello era una lluvia de oro que caía, una polvareda de amor, el parto de la tierra sobre

aquella cuna de paz, el fruto de bendición fecundado con el sudor de aquellos hombres y recibido con el único canto que sabían; y los animales le entendían, y se enardecían oyéndolo, y se detenían si no le oían cantar; y aquel cántico de tristeza y melancolía se convertía en fuerza viva por el polvillo de vida, de motor de turbina, de alegría acumulada que iba llenando los graneros.

Sí: cantaban hasta que anochecía aquellos pájaros de granero; hasta reventar, mientras quedaba un solo grano dentro de la espiga más pequeña: los viejos con voz de leyenda, de chantre de cementerio; los hombres, de emigrante, de marinero, de pastor y de hombre solitario; y los niños, de cordero que llora. El cantar no paraba en todo el día. En una era cantaba uno; en otra más lejos, otro; otro en la de más allá, y otro y otro y otro; y á todo lo largo de la llanura se escuchaba aquel rosario á la tierra, aquella oración á la mies, aquellos salmos á la gran madre fecunda; y de aquel valle tan callado subía todo un coro, el coro de un pueblo que cantaba el padrenuestro, al pan nuestro de cada día.

A la noche no podían más; cansados, roncós y abatidos iban callando uno á uno, hasta quedar la llanura como siempre. Entonces recogían aquel trigo y le tiraban como cascada de oro dentro de los anchos sacos, y le cogían á puñados, como sintiendo la sensualidad de la vida fecunda; y se enjugaban el sudor, y se estaban mirando buen

rato aquella semilla cruel que les había costado tantas penas.

¡Todo un año de angustias representaba aquel montón de trigo! Un año de remover los terrones, de volverlos, de allanarlos, de darles de beber, de verlos padecer sed, de temer el peligro de muerte; un año de congojas, un año de acunarlos, de velarlos; un año de enseñarle á crecer, y de cantar, y hasta de cantar para él, los últimos momentos de su vida.

Ellos, que no cantaban nunca, ni junto á la cuna, ni al pie de la ventana florida, ni al amor de primavera, ni en el duelo de la vejez, cantaban todo lo que podían ¡pobre gente!... y sólo para él, y sólo para llenar los graneros. ¡Por poco rato aquellas pobres hormigas tenían que ser cigarras, si querían exprimir la cosecha! Tenían que fingir alegría para alegrar el ganado, y, como tantos tristes de la tierra, pobres juglares de un momento, tenían que cantar para vivir.

EL MAL DE PUEBLO

No sabía lo que me pasaba.

Hacia ya tiempo que estaba en el pueblo, y á medida que en él iba estando, se apoderaban de mí unos síntomas de enfermedad que no podía comprender.

Al principio fueron como meditaciones, un estado de meditación continua que no me parecía natural, un estado fijo de pensar en las cosas más pequeñas y darles importancia de problemas, después, una vaguedad de pensamiento, una indecisión interior, un vacío, una *desbrijuja* de la voluntad, una falta de dirección en los movimientos de las piernas, y, sobre todo, tal tirantez en la espalda, que me hubiera pasado todo el día sentado.

No había manera de hacer nada. El escaparate de la botica con aquella bola no me distraía; el sol de la plaza no me probaba; ver jugar á la brisca aún me excitaba más el mal; me dormía,

los ojos se me cerraban solos, y una vez cerrados, me costaba mucho abrirlos; me nacían dos conchas, una en el pecho y otra en la espalda, y me iba volviendo tortuga.

Jamás, sin soñar nada, he soñado tanto como entonces. Era un vivir de sonámbulo casero, de fakir de regadío, un vivir sin pena ni gloria, un estado civil de difunto que no paga puertas para serlo. La vida se me marchaba á paseo de cuando en cuando, y yo la sentía marchar tranquilamente, sin darle prisa para que volviese, y me quedaba como el que ha tomado una *cafetera* de opio; me faltaba cuerda en la máquina y acababa por pararme.

Este estado de *paramiento* ya se me había hecho crónico. En estado de beatitud de modorra espiritual, soñábame moro, sin renunciar al bautismo, soñaba que ya no comía más que dátiles y chuletitas de gacela; que tocaba la flauta mágica y hacía bailar serpientes domesticadas; que me encantaba contemplándome el vientre, y veía las cinco partes del mundo como cinco *sommiers* inmensos, todo cama de punta á punta de la tierra, una cama planetaria donde se durmiese sin sueño, donde se estuviese despierto sin estarlo, un mundo como aquel pueblo en grande, donde pasasen los años sin lluvias y sin puestas de sol, y sin tener que levantarse, ni comer, ni siquiera morir.

¿Qué tendría yo, Dios mío? ¿Qué mal sería este mal que me hacía estar malo sin mal? Aquello no

podía ser bueno. Yo no tenía «lesión espontánea, ni enfermedad libre»: me lo había dicho el boticario, que jamás falló diagnóstico terapéutico. Aquello debía ser una *malaria*, un desfallecimiento, un alojamiento de ciertos nervios que aún no deben haber puesto en el mapa los sabios exploradores de los caminos sensibles del hombre; una huelga de los cordelillos conductores de voluntad, que pretendían más jornal, ya que menos horas de trabajo no podían pedirme; en fin, un *paro* de sensaciones en la cajita de música que todos llevamos dentro; un vagar que necesitaba cuerda y bullicio, y masaje psicológico.

Por *suerte* entrábamos en Semana Santa, la semana más animada del pueblo, porque era la única en que, triste ó no triste, negra ó blanca, se veía gente por las calles. Así como en todas partes cuando llega el Jueves todo el mundo se esconde, allí todo el mundo se echa á la calle; así como en otras partes detienen todos el movimiento, allí empiezan á andar. Es claro que las gentes que por las calles se veían, iban todas de luto y poco á poco, y á paso de entierro, y con cara de adormidera; pero peores eran los demás días en que no se los veía de ningún modo. Al menos se notaba movimiento en el pueblo, y ya hacían harto con moverse. Iban á las iglesias, salían, tornaban á entrar, y en cuadrillas silenciosas daban vida, calor, alma, bullicio espiritual á aquel desierto de casas.

La calle Mayor parecía una rambla cuando va á pasar un entierro de lujo; en la plaza había más de veinte personas, que hasta iban y venían; «los doce del café», como le habían cerrado, también estaban fuera haciendo bulto y multitud; no había quedado ni una vieja al amor de la lumbre; todas iban y venían manchando las calles de negro, con animación legendaria, y los hombres estaban en la iglesia con los pasos y los pendones y los curas, para salir con la procesión.

Y cuando salió la procesión, aún había más gente. Salían poco á poco, á paso de procesión de pueblo; salían primero unos timbaleros con tono de timbal *menor*—y tan *menor*—y tocaban con tanta calma, que parecían llevar el compás de aquella quietud del pueblo y de todos los que iban en pos de ellos. Que era el estamento de encapuzados en ringleras, con la cara tapada, téticos como retablos socarrados por un incendio, y todos de negro, negro verde, negro desteñado, negro de momia, negro negro, todas las variantes del negro conductoras de frialdad y de tristezas.

Detrás venían más penitentes; después alguno que iba con los pies descalzos ó mostrando un plato de ceniza, y en medio de aquella negrura, un ángel, un amor de criatura, un chiquillo de cuatro años, rubio como el trigo, fresco como una gota de rocío, y también vestido de tristeza y disfrazado como una flor que llevasen á enterrar, y repar-

tiendo alegría y luz de noche estrellada, y juventud de amanecer, entre aquella sombra.

Detrás, ya venía un *paso* que hacía doblar las rodillas en todo lo largo de la calle; después hombres del pueblo atezados por «el Protagonista»; un Santo Cristo inmenso, tambaleándose sobre los hombros; los del *Pensil*, el asistente del carabinero de servicio, *la pareja*, otra *pareja*, el cabildo, los curas en peso, el guardia rural, el del fielato, y, por fin, un gran pendón, tan feroz, tan macabro, tan de cementerio, tan de ajusticiado, tan de congregación de sangre coagulada por el tiempo y por el Santo Oficio, que siempre la recuerdo. Era de un tono indefinido, de un color violeta desteñida, con cambiantes de hoja seca; de un polvoriento de herrumbre, de una humedad de subterráneo, de un azulear de reliquia, de un desteñado de traje de vitrina, de un sudor de enfermedad, y todo él mate como una sombra gris, y seguido por las viejas, como si las guiase á la muerte, á una muerte segura, sin vistas á ninguna parte.

Aqueste estallido de animación dejaba derrengado al pueblo, y aplastados se quedaban todos, cual si mi mismo mal padeciesen. Nadie se movía de las puertas, como si hubiese de pasar la procesión cada media hora: todos callaban más que nunca, hombres y mujeres y chiquillos se quedaban encantados como figuras de ceniza, en la misma posición en que les sorprendió la lava, y mi mal con aquel encantamento ibase volviendo más cró-

nico. Ya no podía yo mover las piernas; ya la cabeza se me caía; ya había triturado toda la hierba de aquella escasa margen del torrepote, de tanto tumbarme en ella á todas horas; ya sólo respondía por señas, y aun por señas cortas y bien fáciles de signar; ya oía hablar de política y no me marchaba; ya por último, llegué á hacer solitarios, á mirar cómo jugaban al *arrastro* horas y horas, sin saber jugar, á sacar una silla al sol y dejarme comer de las moscas, á bostezar, casi á hacer media, á echar la siesta antes de almorzar y después de haber merendado, y, sobre todo, á dormirme en todas partes, al sermón en misa, en la mesa, en todas las mesas, sobre las teclas del piano, y hasta en la cama, que era dormir sobre pedruscos, con tantos colchones de grava como en ella había acumulado «el Beco» para consuelo de la difunta. Nada, que aquello no podía durar. Un día tomé una resolución: dime empuje á mí mismo y fuime á buscar al médico.

—Escuche, señor doctor, me pasa esto y esto.

Y se lo explico con todo el aliento que me resta.

—No se canse usted, no se canse, y no hable tan deprisa.

—No tengo gana de nada: ni de comer, ni de beber, ni de nada.

—Muy bien: Ya sé que no es usted del pueblo—me dijo—. Aquí nos conocemos en seguida.

—Sí, señor.

—Y también sé que hace ya tiempo que vive usted en el pueblo.

—Es verdad.

—Entonces no se explique usted, y no malgaste palabras. Ya sé lo que tiene, y que lo tiene bien agarrado.

—¿Qué tengo, señor doctor?

—El mal de pueblo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pereza.

—¿Pereza?

—¡Pereza, pe-re-za!

—Ya estaba temiéndomelo, señor doctor.

—Y hacía usted como un santo, temiéndoselo.

Mire usted, yo—me dijo con una calma encantadora—hace ya veinte años que vivo aquí, y ya hace dieciocho que padezco este mal. Gracias á mi carrera pude resistir dos años, pero al tercero no hubo escape. Todos los forasteros caen, y si no caen los del pueblo, es que ya están aclimatados y les viene de casta. Cuando llegué había acabado la carrera y venía aquí interinamente. «No estarás más de un año—me dije—. Más tiempo no podrías vivir aquí. El boticario es demasiado abierto; el cura es demasiado cerrado; el alcalde tan pronto se abre como se cierra; el maestro harta miseria tiene, y los demás hartos trabajos con las tierras y la recolección.» Pero hijo mío—continuó tomando aliento—, al cabo de un año ya el boticario me parecía *campechano*; el cura, hombre ex-

pansivo; el alcalde, amante del pueblo; el maestro, un buen camarada, y los demás, humildes y bucólicos. Ya iba entrando, ya me iba volviendo como ellos.

—Sí que lo creo—le dije.

—No se duerma usted y escuche, que le conviene. Al cabo de un año, un día, sin haberme enamorado, sin ganas, sin aliento para andar por el camino del matrimonio, por pereza de decir que no, me casaron para toda una eternidad.

—¡Caramba!

—Sí, señor, para toda—respondiome bostezando—. Desde aquel día me cogió la enfermedad. Comía, me tumbaba, dormía, jugaba, y, de cuando en cuando, con toda calma, iba á ver á algún enfermo.

—¿Y si el enfermo llevaba prisa?

—¡Ay! Tampoco llevan prisa. Están tan malos como nosotros.

—Y entonces, ¿qué tengo que hacer, señor doctor?

—Pereza me da decírselo. Si aún tiene alientos para ello, váyase, huya. Aquí el hombre ha de trabajar la tierra, si no la tierra le trabaja á él.

—¿Cuánto le debo?

—Déjeme dormir, y déjelo correr.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RAYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

LA FIESTA MAYOR

Si has llegado hasta este punto, ¡oh siempre amado lector!, sin haberte contagiado del mal de pueblo, complicado con el mal de libro, es casi seguro que dirás:

—¡Esto es exagerar demasiado! Qué, ¿no se divierten nunca en este pueblo?

—Sosiégate. Ten calma, que estamos en pueblo de calma. Claro está que acaso exagero, y claro está que se divertían. Precisamente venía la fiesta mayor, y ya verás si nos divertíamos.

Ya empezábamos á divertirnos bien de mañana.

A las cinco, diez músicos, formando orquesta, que habían alquilado en la villa para que tocasen dos días y dos noches seguidas sin descanso ni consuelo, arrancaban á tocar por todas las calles del pueblo, y ya estábamos divirtiendonos.

Nos levantábamos, y andando á la broma.

La primera broma era ir detrás de la música, comprobar si colgaban, observar si aún había alguien que dormía, y como que todos íbamos detrás, no quedaba en las casas ni un alma para escucharnos.

La obligación estaba marcada: una hora de *pasacalle*; pero el pueblo era tan pequeño, que al poco rato ya habíamos andado todas las calles, y teníamos que volver á pasar por el mismo sitio, y vuelve que volverás, íbamos cumpliendo el contrato de la hora de zaragata.

Era en Agosto. Del sol que caía normalmente, ya he hablado varias veces; del que caía en aquellos meses y en aquel día, no he hablado, pero vale más que lo dejemos correr, porque nos acaloraríamos. Era sol de sed y sentado. Al cabo de una hora de caminar á paso de marcha, ya nos sabíamos la marcha, y, un poco cansados, por descansar entrábamos en una taberna, y... apunta, lector: allí tomábamos la primera gaseosa.

Aún no la habíamos tomado, que ya la teníamos sudada.

El ácido carbónico hace milagros de eliminación cuando el sol toma parte en la cura, y allí siempre la tomaba.

Acabadita de tomar, ya volvíamos á tener sed, y tomábamos otra *toma* y salíamos á sudarla, siempre detrás de los músicos.

Con ellos íbamos á dar serenatas. Primero á casa del Alcalde, que hacía refrescar á los músicos y á

los amigos de los músicos; después á la rectoral, y también refresco; después á la plaza á tomar calor, y lo que seguía al calor, que era beber; después, carretera arriba y carretera abajo; y bien llenos de polvo los músicos, los instrumentos, las fundas de los instrumentos, los que no llevábamos funda y todos los que no se enfundaban, á misa á toda orquesta, y á oír tocar otras marchas, pero más acompañadas, y hasta con poco ó mucho misticismo.

En la iglesia estaban todos, hasta el Beco, hasta el Vianda, hasta los del fielato, hasta el loco, hasta el sabio, toda la escuela, todo el Ayuntamiento, todo *El Pensil*, todos, menos... el de servicio, que ni por la fiesta mayor paraba la vigilancia; y en la misa, larga y solemne, á toda misa, hacía un calor terrible, un calor que se desprendía de las chaquetas, de las carnes y de las gorras de los campesinos, que salía como si fuese el reflejo de todo el calor del año acumulado, y de la piel de aquellos hombres que sudaban claridad y sol, que soltaban tufo de terrones, que sudaban tierra, que soplaban salvado y destilaban harina.

¿Qué iba uno á hacer al salir? No había otra cosa: ir á beber. Al café de la Esperanza á refrescarse y á divertirse.

—¿Qué tiene usted que sea fresco?

—Gaseosas nada más.

—Pues venga otra gaseosa.

—¿La quiere usted en seguida?

—¿Es que hay que calentarla?

—Lo decía por si tenía usted prisa.
 —No tenga usted cuidado. Ya hace tiempo que
 estoy en el pueblo. Traiga la gaseosa.
 La tomaba, y ya tornaban á pasar los músicos.
 A seguirlos.
 A escuchar otra vez aquella marcha.
 A hacer gana.
 Y á comer.

La comida, para el que estaba convidado y no
 estaba hecho á comidas de fiesta mayor, era más
 que unas bodas de Camacho: eran las mismas bo-
 das, pero con hambre atrasada. Comían más aquel
 día que en todo el año, y todo manjares fuertes, y
 con vino fuerte, y con paro de gaseosa. Una sopa
 que ya no era sopa; era concentración de carne
 para reponer en veinticuatro horas á un desahucia-
 do de nacimiento; un cocido en que los tres reinos,
 vegetal, animal y mineral, habían dejado la subs-
 tancia: ganso de tamaño natural, animales de cor-
 rral, animales de caza, animales de jaula, anima-
 les de bosque, todos; el ganado que el día antes
 corría por aquellas calles, rellenos unos dentro de
 otros; y para acabarlos de empujar, una torta
 como la tabla de planchar, con una extensión de
 cosas sobre las arrugas, que se perdía uno pro-
 bándolas.

¡Naturalmente! ¿Quién digería aquel cocido?
 ¿Quién resistía la sed? ¿Dónde había bastante be-
 bida para apagar aquel incendio? Desde aquel mo-
 mento llevábamos en el bolsillo la gaseosa, y ya

no la abandonábamos más mientras duraba la di-
 gestión.

¡La digestión! Y te digo, lector, que si no has
 estado nunca en una de estas *sobremesas*, no sabes
 qué es comer mucho y digerir bien. Al son de la
 música, que ya la había emprendido otra vez, sue-
 ño y trago, y trago y dormir. Había una quietud en
 el pueblo que no se oía una mosca, y no creas que
 era la quietud de siempre; era una quietud de fá-
 brica que prepara la caldera, de olla que hierve,
 de gasómetro, de cocidómetro, de panza contenta,
 de bestia satisfecha, de cosa cumplida, de fiesta
 mayor solemne.

¡Ya ves, lector, si nos divertíamos!

¡Y aún, espera, que no hemos llegado!

A la tarde también hacíamos sed, y también vol-
 víamos al café, y merendábamos y refrescábamos
 el merendar; y ya puedes suponer con qué le re-
 frescábamos; y más tarde había baile en la plaza,
 y en diciéndote que bailábamos, no te he de decir
 lo que bebíamos, y después del baile, á dar otro
pasacalle, dos pasa-carreteras, y otra vez á misa
 con los músicos, y á ver la procesión; la procesión
 número veinte que había visto en aquel pueblo.

Pero al menos, cuando pasaba era el único mo-
 mento de no beber. A San Isidro, que presidía la
 fiesta, con todo y con ser tan condescendiente, no
 le agradaba que sus patrocinados bebiesen. Quería
 un disfrutar suave, reposado, morigerado, y no
 aquel desenfreno de borracheras carbónicas; y

como era el Santo Patrón, se le respetaban los gustos. Se le veía pasar, se le saludaba con aquel aire de franqueza, pero con un alto de descanso y con un poco de abstinencia.

Pero apenas había pasado, ¡ah, hijitos míos, tornemos á disfrutar otra vez! Venga eso, venga aquello, venga el vicio, venga jugar á la ruleta para ganar una cajetilla, vengan excesos de ir arriba y abajo por el pueblo, y venga hacer sed con los excesos, y bebamos, que no ha sido nada; venga gaseosa, y perder de vista la fiesta mayor, y comprar diez céntimos de avellanas, y tirar las cáscaras, y puro fuera de hora, y hasta decir: «Adiós, pollas» á las muchachas, y á cenar, y á *El Pensil*, y el demonio y los treinta malos espíritus incitándonos en aquel pecar continuo.

¿Y el concierto con el solo de cornetín? ¡Menu-do, el concierto! Y la rifa de tortas, ¿no era otro desenfreno? Y en la sortija, ¿no daba uno vueltas de gusto? Y las cinco ó seis tartanas que venían de la villa, ¿no daban escándalo? Y los seis faroles de papel que se ponían en el fielato, ¿no daban alegría? Y, por último, la velada, la velada de la noche, con más de cuarenta y dos socios, ¡y de pago!, qué, ¿no era malgastar jornales é intereses y costumbres en la pícara diversión?

¡Hasta velada! Y no de esas de cubre-camas y colchas de las casas de huéspedes: una velada con un altar con santos de aquellos tiempos, con marina detrás del altar, y peces plateados: una sala

con unas medias mujeres desnudas que se llamaban las *Diosas de la bacanal*, sosteniendo haldadas de manzanas y nísperos y frutas forasteras; con alfombra de una sola pieza, con cortinas vaporosas como alcobas de las *Hijas de María*; con damascos como las banderas de los gremios, con trajes bordados, que ni el estandarte de *El Pensil* tenía tanta bordadura, y techo sin vigas, y arañas de cristal, y con más luces de petróleo á todo arder, que había en todo el pueblo.

Y, además, baile serio y divertido, y cada socio con su estilo de danza, y bailando cada uno por su orden. De esos que no hablan y pasan toda la noche sobre una flor de la alfombra, ahora mece por aquí, luego por allá, divirtiéndose sin hacer mal á nadie; de los alocados, que bailan á la bayoneta, haciéndose sitio á golpes de bailadora, y perturbando á los de la flor; de esos que el su bailar es un hacer caligrafía con los pies, de los que hacen puntos, de los que sólo se deslizan ahora á la derecha, luego otra vez á la derecha, y todos con modales aquel día, con el pañuelo en la espalda de la compañera de sudor, cogiéndola de la punta de los dedos, y sin fumar, por respeto, y sin decirle una palabra para no estorbar la faena.

¡Y no os digo nada del baile de socios! ¡Aquello ya no era bailar! Aquello era una tertulia bucólica de casa de Madame Pompadour, y no hablemos de la habanera para no ofender á las Américas, ni del vals, que trabajaban la alfombra como si trabaja-

sen la tierra, ni del pataleo de la polca, ni de la mazurca, que aquello ya era el canto de la trilla!
¿Que cuánto duraba la diversión?

Hasta las cinco de la mañana estábamos divirtiéndonos.

Después del galope infernal, los músicos no debían poder más, y paraban de pronto. Al del violín, aún se le movía la mano sola cosa de quince minutos; al del contrabajo se le había hinchado de tanto tocar y no le podía meter en la funda; el de la trompa la limpiaba, y sacaba de dentro más de un celemin de polvo; al de la flauta se le había ablandado con el sudor; al del bombardino se le había vuelto bombardón; y músicos, sudadores, fundas, pañuelos del cuello, socios, instrumentos de cuerda y de madera, salíamos de la piscina y nos íbamos á la taberna.

¡Ah, hijitos de mi corazón! Allí era el ramillete final. ¡Vengan gaseosas! Y vengan corchos por el aire, y cohetes de ácido carbónico, y dar una copa al bombardino y abreviar la trompa y refrescar los violines, y dar una tacita de gaseosa al flautín, y nosotros tomar un vasito y hasta un baño general habríamos tomado para quitarnos el sofoco.

¡Vaya, lector! ¿Soy franco? ¿Soy equitativo? Si había allí alguna hora buena, ¿no la describo con tanta fidelidad como las que no lo eran?

Entonces, espérate, que aún no hemos acabado. Aun al día siguiente volvían á tocar los músicos las veinticuatro horas; aún había otra procesión,

con el santo vecino de San Isidro; aún nos dábamos más á la bebida, aún nos teníamos que comer lo que había sobrado del día antes, y todo el año teníamos que vivir de aquellas sobras: sobras de música, sobras de broma, sobras de sudor, sobras de alegría, que habíamos de ir rumiando como un recuerdo de desenfreno.